



## MIS MAESTROS EN EL ARCHIVO GENERAL DE LA NACION <sup>(1)</sup>



CONFUNDO en el recuerdo de mi iniciación en el Archivo a dos grandes espíritus — amigos directos — que me infundieron cariño y afición por los papeles viejos: José Juan Biedma y Augusto S. Mallié.

Traté al primero — con quien cruzábame a menudo en los claustros del antiguo Colegio Nacional Central, en cuyo establecimiento ocupaba la cátedra en que brillara Estrada — cuando ya dirigía la importante repartición fundada por Rivadavia, — y estreché la mano del segundo el día que, por primera vez, traspuse el umbral de aquella dependencia, que tan sólo de nombre conocía.

Nuestro primer repositorio formado por la reunión de los archivos dispersos en la Capital de la Provincia de Buenos Aires, cuya concentración dispusiera el genial ministro del General Rodríguez a fin de asegurar a la Historia «la materia de los documentos más exactos de ella», inició su

(1) El distinguido director de Estudios R. P. Oscar J. Dreidemie me ha pedido unas líneas recordatorias de Biedma y de Mallié, cuya labor en el Archivo de la Nación será constantemente recordada. He accedido como un imperativo deber de la amistad que a ellos me uniera. — E. C. F.



labor pesadamente, con todos los impedimentos de fondos, inexperiencia y cultura incipiente de la nueva nación.

Durante largos años sus directores preocupáronse únicamente de amontonar papeles sin otro propósito que el de evitar su pérdida. Agradecemosles su patriótico afán de enriquecer el patrimonio histórico de la Nación.

Trelles fué la luz que, desde la fundación rivadaviana, iluminó a los hombres anhelosos de penetrar en el pasado, organizando, clasificando los conjuntos documentales; publicando manuscritos de un alto valor histórico. Biedma es el continuador de ese argentino ilustre en la tarea de selección para dar a conocer lo mejor y más puro de los tesoros conservados en los anaqueles del Archivo.

Desde muy joven la historia lo atrajo con ahinco y a través de sus diversas y múltiples actividades, estuvo constantemente en contacto con esa disciplina, maestra de la vida. Había escrito mucho, escudriñando los tiempos idos, cuando llegó a ocupar una dirección de sección en el establecimiento que entonces dirigiera el inolvidable vate Carlos Guido y Spano. Su personalidad estaba hecha al asumir tales funciones, en reemplazo del eminente historiador doctor Manuel F. Mantilla.

Al cabo de diez años de permanencia en aquel viejo caserón de la calle Perú, poblado de recuerdos, asumió la dirección del Archivo. Se entregó de lleno a la tarea de la reconstrucción y ordenamiento de las ricas colecciones, pero su inadaptación al medio social en que le tocara actuar, restáronle, no pocas veces, la tranquilidad y el apoyo de que había menester para la realización de la labor que se impusiera. No podía callar ante el avance de las malas prácticas políticas y administrativas, que supeditan todo al interés menguado, por eso prefirió abandonar el cargo que con tanta dignidad desempeñara. «Su vida fué una batalla hacia la luz», dijo de él Carlos Correa Luna.

Trabajador silencioso formó una valiosa biblioteca y coleccionó datos y antecedentes de los hombres que actuaron



en el vasto escenario americano. Escribió libros, colaboró en diarios y revistas, preparó y dirigió publicaciones elogiadas por la sana crítica, que serán siempre fuentes inapreciables de consulta. <sup>(1)</sup>

Mucho aprendí a su lado. Su mejor lección fué su vida ejemplar que tuvo por ley el deber y por cualidad sobresaliente al trabajo. Estuvo ocupado hasta el último día; pudo decir como el emperador Severo en su lecho de muerte: *laboremus*. Cumplió así el proverbio toscano: trabaja como si necesitaras vivir para eso; reza como si debieras morir hoy mismo. Por ello y por lo que calla el corazón, lo admiré profundamente y procuré devolverle el afecto que él me diera a manos llenas.

Este Director insigne del Archivo, a quien tanto debe esa dependencia nacional, tuvo por principal colaborador a Augusto S. Mallié.

También la afición a los papeles viejos despertóse en Mallié en su primera juventud. Refieren sus compañeros de oficina el empeño con que se entregaba a la tarea de la investigación — platónicamente, diré — aquel joven de dieciocho años, apenas ingresado a la repartición, con el nobilísimo propósito de descubrir la verdad en los polvorientos documentos.

Temperamento inquieto, dinámico, generoso — de una generosidad rayana en lo increíble — jamás se preocupó de guardar para sí sus «descubrimientos», realizados en aquel océano de manuscritos que, de aprovecharlos le hubieran dado nombradía y lustre. Ya lo dije en otra oportunidad, había revisado una a una las piezas históricas de nuestro gran repositorio y conservaba de su contenido una precisión tal que no dejaba de asombrar al comprobarlo, por cuanto revelaba no tan sólo el conocimiento integral del documento, sino su correlación causal con otros de la serie a que podía pertenecer. Así apagó en las mismas

---

(1) Su vasta bibliografía ha sido erudita y minuciosamente estudiada por Juan Canter.



fuentes su insaciable sed de atesorar datos y de desentrañar más de un misterio, o explicar un problema que, hasta entonces, pudo creerse irresoluble.

Me enseñó a ordenar y clasificar los documentos; me enseñó mucho más, ya que me los hizo amar, a mirarlos reverentemente y con pasión. No había realizado estudios paleográficos y maravillaba, sin embargo, el arte con que interpretaba los confusos signos caligráficos de los plumistas del siglo XVI. El día que apareció el libro IV de los acuerdos capitulares, que el insigne López creyó perdido para siempre, pasó horas dichosas contemplándolo, estudiando las distintas formas de la vetusta caligrafía. Venció ese y muchos otros escollos. Había nacido, a pesar de todo, para el trabajo silencioso de gabinete. Su memoria prodigiosa lo convirtió en un elemento insustituible. Por eso cuando merecidamente alcanzó la dirección del Archivo, su nombramiento fué aplaudido y no faltó quién, con razón, dijera «The right man in the right place».



E U G E N I O   C O R B E T   F R A N C E